

# LA GRAN TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD EN EL PERIODO 1990-1995

HUGO RAUL SATAS

Profesor de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), de la Facultad de Humanidades (UNLP) y de la Universidad Nacional de Río Cuarto  
Cuenta con dos libros publicados y participó de la obra colectiva "Jóvenes de los '90"

## 1- ¿El nuevo orden internacional?

Más de un lustro ha transcurrido desde la caída del Muro de Berlín. Desde entonces, varios aspectos de la vida y conducta de la sociedad llevan a la conclusión que debemos apartarnos de las tendencias y valores que han acompañado el desenvolvimiento de ese período histórico denominado **Guerra Fría**. En efecto, la finalización de ese intenso y general conflicto -por su universalidad- entre la ex-Unión Soviética y los Estados Unidos fue reforzada por acontecimientos producidos paulatinamente en el interior del modelo **socialista real**. Es seguro que sus dirigentes -encabezados desde 1985 por Mijaíl Gorbachov y su equipo pro-Perestroika- percibieron un agotamiento del sistema que conduciría gradualmente a cambios estructurales internos y a una revaluación de la política exterior soviética<sup>1</sup>.

En un clima así, no es de extrañar el cese de los desequilibrios políticos y militares con bases ideológicas. Ya en 1989, Francis Fukuyama<sup>2</sup> dio a conocer un audaz cuadro de la situación mundial, cuando en un famoso artículo publicado en **The National Interest** habló -admitiendo el triunfo final del capitalismo sobre el socialismo- del fin de la historia. Pero es indudable que, en lo que hace a los problemas sociopolíticos e ideológicos, esta postura intelectual entra en conflicto con una serie de creencias e ideas, donde la concepción del **progreso** había disfrutado de una ventaja sustancial desde el siglo XVIII.

Existe un hecho cierto e indudable: el cuestionamiento a la idea de progreso es una

consecuencia de ambas guerras mundiales, del nazismo, del comunismo stalinista, de las dos bombas atómicas arrojadas sobre Japón en 1945, del terror nuclear subsiguiente. Pero el fin de la Guerra Fría llevó al convencimiento de que los Estados Unidos, liderando las instituciones mundiales y a través del sistema de consulta, daría lugar a un orden internacional seguro y duradero, tomando en consideración los problemas de las distintas áreas del planeta.

En realidad, la actitud agresiva del Irak de Saddam Hussein en el Golfo Pérsico en agosto de 1990, tuvo un efecto negativo en el optimismo de la opinión pública mundial. La posición del gobierno iraquí detentó, sin embargo, la particularidad de producir un amplio apoyo en las corrientes de opinión, que rodeando los Estados Unidos y en base a las propuestas legales de las Naciones Unidas, formaron una fuerza militar-aérea-técnica de última generación que, en enero de 1991 y en menos de cien horas, liquidaron el pleito iniciado por Irak al ocupar el territorio de Kuwait.

El sobresaliente papel desempeñado por sus fuerzas en esa conflagración, hizo que el presidente de los Estados Unidos, George Bush, en un mensaje dirigido a las tropas norteamericanas el 2 de marzo de 1991, sostuviera que **El Nuevo Orden Internacional ha pasado su primera prueba**. Después de la Guerra del Golfo, los hechos protagonizados por muchos pueblos en distintas áreas nacionales dieron origen a diversos focos de tensión, que merecieron la atención de los presuntos vencedores de la Guerra Fría: los Estados Unidos y las Naciones Unidas. No obs-

tante ello, los intereses de un mundo con necesidades económicas y apremiantes problemas sociales harían difícil concebir un espíritu sujeto a este Nuevo Orden, más aún si tenemos en cuenta la satisfacción y los recursos de las potencias mayores. La misma situación en el Golfo Pérsico, nos hace pensar en la necesidad que para el mundo inficionado de valores occidentales tenía esa rica área energética del planeta, como lo es el Medio Oriente, más que por la moral política y la irracionalidad de los hombres.

Nadie puede definir en sentido estricto lo que significa este **Nuevo Orden Internacional (NOI)**, aparecido en los comienzos del lustro 1990-1995. Muchos pensaron que con la finalización de la Guerra Fría habían desaparecido todas aquellas situaciones que llevaron a un determinado comportamiento por parte de los Estados, enrolados o no en cualquiera de los dos bloques que caracterizaron la relación Este-Oeste entre 1947 y 1989. Algunos, opinan que este nuevo orden es la consecuencia del triunfo final del capitalismo sobre el **socialismo real** y, de manera más acotada, el de los Estados Unidos sobre la ex-URSS y el área del Este de Europa. Otros, que a mediano o largo plazo, las negociaciones sobre la supresión de armamentos estratégicos terminarían con el terror nuclear. Lo cierto es que en un primer momento se creyó en la imposición de una **pax americana** mundial, donde Washington que desde los '80 y con los ejemplos de Granada, Panamá y Kuwait, como signos de operaciones militares a distancia prácticamente perfectas, señalando su preeminencia técnica impondría un orden basado en el tríptico: democracia parlamentaria, respeto a los derechos humanos y libertad de mercado.

Pero la política de los Estados Unidos no era tan simple en su esencia. El propósito más importante de Washington consistió en no actuar aisladamente de la comunidad internacional y en cubrir sus actitudes con la estructura legal suministrada por las Naciones Unidas. Recordemos que por ese entonces el

reto tecnológico en materia productiva especialmente hizo avanzar a determinadas naciones y descolocó a otras como los Estados Unidos. Ya antes de la Guerra del Golfo, esa misma excelencia técnica -el área nuclear es un ejemplo de ello- no sólo incidió arduamente sobre las dificultades económicas de la URSS sino que agravó la capacidad productiva norteamericana, que en general trabajaba en una dirección militar y no tenía en cuenta los problemas de la industria destinada al consumo interno. Los entusiastas momentos posteriores a la Guerra del Golfo habían alentado el convencimiento de la sociedad norteamericana que el éxito había sido total: la popularidad del presidente Bush alcanzaba un 90%, caso único en la historia del país. Así las cosas, ya en 1992 la nación enfrentó considerables contracciones en su economía por primera vez en nueve años. Por ese entonces, muy pocas áreas del planeta quedaban libres de problemas como para dictaminar exclusivamente en los asuntos y arreglos de posguerra.

Durante cierto tiempo, la sociedad creyó con entusiasmo en un sólido orden internacional. Contrariando ese optimismo, muchos observadores llegaron a la conclusión que el nuevo orden se asentaba sobre cimientos agrietados: el nacionalismo y el fundamentalismo se erigieron en medio de tanto desorden en los defensores de ciertas solidaridades y determinadas identidades. E. J. Hobsbawm se ha expresado sobre el particular en estos términos:

"A partir de 1945 la política mundial fue básicamente de revolución y contrarrevolución, y los problemas nacionales sólo han intervenido para subrayar o perturbar el tema principal. Hay que reconocer que esta pauta se rompió en 1989 cuando la URSS dejó de ser una superpotencia; y, de hecho, el modelo de un mundo dividido por la Revolución de Octubre desde hacía ya algún tiempo poco tenía que ver con las realidades de las postrimerías del siglo XX. El resultado inmediato fue dejar al mundo sin un sistema o principio

de orden internacional, aun cuando la otra superpotencia intentó imponerse por sí sola como policía mundial, papel que probablemente es superior a sus posibilidades económicas y militares o a las de cualquier otro estado"<sup>5</sup>.

---

## 2- La caída de la modernidad

---

Como hicimos notar anteriormente, la concepción del **progreso** como una ley de la sociedad humana ha sido prácticamente quien ha cimentado el fenómeno histórico de la **modernidad**. Esta firme creencia de los occidentales, nacida con el Renacimiento, vigorizada por la Ilustración en el siglo XVIII y optimizada por el socialismo científico de Marx y Engels en el siglo XIX, ha entrado en franca descomposición de resultados de la incertidumbre y el pesimismo nacidos con los sucesos trágicos del siglo. A cincuenta años del fin de la Segunda Guerra Mundial, los analistas internacionales se suman a los especialistas de las ciencias sociales y sientan dudas sobre la vigencia de la modernidad. Tal como lo expresa Alain Touraine:

"Así como los intelectuales de mediados del siglo XIX fueron impulsados por sueños del futuro, los de mediados del siglo XX estuvieron dominados por el sentimiento de la catástrofe, la falta de sentido, la desaparición de los actores de la historia. Creyeron que las ideas dirigían el mundo y se vieron reducidos a denunciar el auge implacable de la barbarie, el poder absoluto o el capitalismo monopolista del Estado.

Fue así como la vida intelectual y la vida social se separaron y los intelectuales se encerraron en una crítica global de la modernidad que los condujo a un radicalismo extremo y a una creciente posición marginal"<sup>6</sup>.

La tendencia en boga de que la crisis de la modernidad ya está entre nosotros, no sólo acompaña a este nuevo desorden mundial sino que confiere un escepticismo casi total a la fe en el futuro, lo que nos habla de la presencia de una sociedad cuyo pesimismo

agónico parece conducirla hacia un salto al vacío. Perder la creencia casi inmovible en el progreso constituye una clara violación a los principios que han acunado desde siempre a Occidente.

No es de extrañar entonces el convencimiento en que el tiempo en que la sociedad occidental -a través de sus diversas regiones- ejercía con el dominio atómico el liderazgo mundial, ya ha pasado. La insistencia repetida en la profundidad de la crisis en la actual situación mundial, que anulaba las certidumbres de más de cinco siglos, desencantó a los que tenían el convencimiento de un mundo mejor. Por lo demás, esta tendencia a cortar con un pasado seguro explica la conducta y las dudas que despierta un futuro no tan lejano.

Aceptar que el descreimiento en el pasado y el futuro es una realidad de la sociedad actual y que abarca prácticamente a todas las situaciones y coyunturas, presupone la necesidad de establecer nuevas respuestas que cubran la casi totalidad de las inquietudes de la humanidad. Existen hoy dos respuestas o posiciones esenciales ante esta crisis de descreimiento: la **posmodernidad** por un lado, y el **fundamentalismo**, por otro.

### 2.1- Posmodernidad.

Casi cincuenta años han transcurrido desde que en la década de 1950, en su lucha contra las vanguardias modernistas, formas artísticas nuevas hicieron conocer la figura y el concepto de posmodernidad. La originalidad propia de esta concepción llevó en esa misma época a interesar la actividad arquitectónica en el debate, dentro de un contexto que le era propicio. Estábamos en las puertas de un gran cambio intelectual, un cambio que en la arquitectura posmoderna significó el fin de la novedad, la mezcla de estilos y la hibridez del logro final. El pesimismo de los años de Guerra Fria que reinó por doquier en ese entonces, superó la capacidad de alcanzar un orden o nuevo modelo racional, por lo que la discusión posmodernista -restringi-

da al ámbito de lo estético- pasó en las décadas siguientes a realizar profundas críticas a todos los fundamentos de nuestra cultura y a hundir al mundo en un torbellino de descreimiento en las verdades relacionadas con el pasado y el futuro. "Hoy, la modernidad está tan agotada -escribe Michel Wieviorka- que se habla ya de posmodernidad, la idea de las relaciones de clase se ha vuelto arcaica, los Estados se muestran cada día más impotentes para mantener los antiguos modelos de integración, y por doquier surgen o se refuerzan identidades comunitarias, que se pueden definir en términos religiosos, étnicos, regionales, culturales, históricos o, sobre todo nacionales"<sup>5</sup>.

Existe un hecho cierto e ineludible: la sociedad ha dejado empobrecer sus funciones creadoras y ha dado origen a un retroceso de aquellos valores que caracterizaron y dieron sentido al fenómeno de la modernidad, que llevó muy lejos un problema cultural que se correspondía con el progreso material y con las obras intelectuales de largo alcance, típico del siglo XIX y cuyos límites deben fijarse con la primera Guerra Mundial iniciada en 1914.

En sus facetas más extremas, la dinámica posmodernista parece haber arrinconado la capacidad de los sistemas modernos de actuar sabiamente, negando las posibilidades de centralización, avance y creación de las grandes corrientes de la vida social, teñidas de objetividad y trascendencia. Según las explicaciones de Ernest Geller:

El posmodernismo parecería estar bastante claramente -en la medida en que sea capaz de claridad- a favor del relativismo, y hostil a la idea de una verdad única, objetiva, exclusiva, externa o trascendente. La verdad es alusiva, polimorfa, interna, subjetiva... y tal vez alguna otra cosa más. Clara no lo es. El relativismo constituye mi verdadero interés: el movimiento posmoderno, que es una moda cultural pasajera, tiene interés sólo por cuanto es un espécimen vivo y actual del relativismo, que en sí mismo es de alguna importancia y

permanecerá entre nosotros durante un buen tiempo<sup>6</sup>.

Pero más allá de las situaciones circunstanciales, resulta evidente que los postulados posmodernistas constituyen la creencia de que toda novedad no tiene por qué ser cualitativamente mejor a lo anterior, que la **repetición** es lo normal en la historia y que ésta prácticamente ya no existe.

### 2.2 - Fundamentalismo

En estos últimos años la situación por la que discurre la sociedad ha rebasado la capacidad optimista del hombre acerca de su futuro y de la sociedad toda. El denominado **Nuevo Orden Internacional**, complejo y cambiante, se asienta en una economía y tecnología que den origen a transformaciones ambientales y producciones industriales, que no sólo asombran sino que muchas veces son difíciles de comprender por el individuo, las muchedumbres y las diversas sociedades. Por supuesto, no escapan a estos cambios los valores culturales y sociales que debilitados en extremo terminan con las solidaridades entre las personas y la pérdida de la creencia en el futuro.

Ha sido la modernidad, sin lugar a dudas, quien ha golpeado sistemática y regularmente los principios y valores de la tradición cultural y religiosa de los pueblos. Esa tradición significaba la existencia de un mundo inteligible familiar, que al debilitarse casi hasta la extinción por la acción de los valores modernos, desarmó a los miembros de las distintas comunidades e incluso sus dirigentes.

En síntesis, el fundamentalismo constituye un acto voluntario por parte de una comunidad o sociedad que desea retornar a los valores tradicionales y a sus fuentes culturales, que sirvan de guía y modelo hacia una integración social que acabe con la disgregación, difícil de revertir si se sigue el modelo ofrecido por la modernidad. Ernesto Geller lo explicó muy bien: "El fundamentalismo se entiende mejor en función de lo que repudia"<sup>7</sup>.

Podemos ahora apreciar la naturaleza esencial del fundamentalismo que emerge de los

análisis correspondientes. Por un lado, parece corresponder únicamente a valores religiosos. Por otro, propugna el nacionalismo como una verdad incontestable, que se opone firmemente a las grandes unidades políticas y económicas del pretendido Nuevo Orden Internacional. Todavía más, su objetivo sería realzar valores étnicos, muchas veces relacionados con los dos anteriores. La condición sine qua non para el éxito de cualquier corriente fundamentalista, consiste en que esas tres variables se unan en un apretado haz.

No cabe duda que el fundamentalismo -expresión señalada por primera vez por el editor norteamericano de periódicos religiosos, Curtis Lee Laws, en 1920- en el presente se genera en muchas religiones, aunque es en el Islam donde ha florecido mejor. En muchas zonas de la sociedad, ya lo hemos dicho, existe un rechazo a ese hipotético nuevo orden que intenta globalizar toda la actividad humana, por lo que viejas culturas y formas de vida singulares y un acendrado sentimiento espiritual, corren peligro de extinción. Aún así, el enfoque a esta cuestión muestra ciertas políticas paradójicas dado que el país musulmán extremadamente fundamentalista es Arabia Saudita, sin lugar a dudas el más ortodoxo e intolerante de los países islámicos, con una estricta observancia de sus valores religiosos y culturales, pero que sin embargo hace un buen uso de los resultados económicos que le brinda su riqueza en petróleo y que adopta sin tapujos la técnica y los valores científicos occidentales. La Revolución iraní, en cambio, desde que se inicia en 1979 con el liderazgo de Khomeini, continúa mostrando un fervor nacionalista, un intenso orgullo étnico, una pasión revolucionaria que siempre quiere exportar y un vigor religioso tales, que en verdad ha preocupado seriamente a Occidente, detentador de los valores de la modernidad. Samuel P. Huntington se refirió a este tema cuando manifestó que "al parecer el fundamentalismo ha estado ganando fuerza en los países de Oriente Medio. Entre los grupos que apa-

recían más simpatizantes del fundamentalismo estaban los comerciantes y la gente joven. La fuerza de estas tendencias indujo a los dirigentes laicos de gobierno en Túnez, Turquía y otros lugares a adoptar políticas abogadas por el fundamentalismo, y a hacer gestos que demostraran sus compromiso con el Islam"<sup>6</sup>.

Por lo demás, Argelia y Egipto ven tambalear sus gobiernos ante el fervor y la violencia de sus agrupaciones fundamentalistas en crecimiento: el **Frente Islámico de Salvación (FIS)**, que intenta instalar un Estado Islámico en Argelia, se enfrenta cruentamente con el gobierno laico del **Frente de Liberación Nacional (FLN)**, y el presidente egipcio, Hosni Mubarak, es jaqueado con atentados por el **Yamá Islamiya** (Asamblea o Grupo Islámico), grupos fundamentalistas todos que aseguran su intención de derrocar a los regímenes laicos, corruptos y ateos. El fundamentalismo islámico se enfrenta así con los valores modernistas adoptados de Occidente.

Es importante señalar que este esbozo no significa la exclusividad fundamentalista para el mundo islámico. Existen diversas variables en otras áreas del planeta: el extremismo fundamentalista hindú, la acción de los sikhs en la misma India, la acción budista en Sri Lanka.

---

### 3 - Xenofobia, Racismo y Terrorismo

---

El lustro 1990-1995 está señalando, en cierto modo, una de las crisis de transición más profundas de la historia. Los hechos de todo este período podrían ser vistos como el principio para sentar el comportamiento de una transformación perdurable. Sin embargo, el triunfo del capitalismo sobre el socialismo derivó en los excesos del **capitalismo salvaje**, con compañías multinacionales y finanzas internacionales independientes de los intereses de las naciones, que en su mayor parte creen que la sociedad crecerá mejor con la creación de grandes áreas u organizaciones

económicas globales. Es importante señalar que el curso de los acontecimientos despertó, en principio, un excesivo optimismo para alcanzar soluciones reales para los problemas económicos. Las ideas proteccionistas -piénsese en la Ronda Uruguay del GATT- así como el dominio casi exclusivo de la nueva tecnología de los países mayores, constituyen actitudes y desafíos que justifican el enfoque negativo de las naciones emergentes.

Ese formidable desarrollo económico, con subas y bajas en los distintos países, contribuyó mucho para alentar la atención de los políticos y comunicadores por las cuestiones del bienestar social disminuido -consecuencia de los nuevos problemas estructurales- y de la alta tasa de desocupación. Los pedidos de los fundamentalistas en pro de un aislamiento pleno de los valores de la modernidad son irreales. La hostilidad tradicional de la comunidades fundamentalistas en el orden cultural fue robustecida por los sucesos económicos. Los países ricos delinean procedimientos económicos que se corresponden a sus planes, que no coinciden con un nuevo orden mundial erigido sobre la solidaridad social y la paz.

Aquellos países fundamentalistas, cuyos pueblos desean retornar a sus viejos valores culturales, quieren además promover para sus hijos igual acceso a las oportunidades que ofrece el sistema. En efecto, poco a poco, apoyándose en las necesidades y comportamientos de la sociedad europea, los musulmanes llegados a Europa fueron desarrollando un crecimiento cuantitativo poblacional a efectos de resolver problemas relacionados con los servicios más desprestigiados, esto es, ser la mano de obra barata en una sociedad donde el progreso alentaba a los europeos pobres -españoles, portugueses, griegos e italianos- dejar esa actividad para mejorar notablemente sus condiciones de trabajo y de vida. De distintas procedencias nacionales: turcos y kurdos en Alemania, hindúes y paquistaníes en Gran Bretaña, argelinos y marroquíes en Francia, marroquíes en España, los musulma-

nes inmigrantes no han renunciado en general a ninguno de sus valores tradicionales. Significa esto, no sólo la continuación de sus formas de vida: mezquitas, escuelas, negocios estrictamente musulmanes, sino también un aumento cuantitativo cada vez mayor, que llega en nuestros días aproximadamente a los diez millones de personas. Guy Sorman ilustra el problema:

"¿Es el Islam diferente, incompatible por su esencia misma con la República laica? Habría que responder sí, si el Islam fuera uniforme y si los inmigrantes de origen magrebino se identificaran masivamente a esta única forma de un Islam mítico. Ahora bien, el Islam es tan variado como el cristianismo, su práctica puede incluir todos los matices, desde el integrismo hasta la indiferencia. Más aún que el cristianismo se impregna en la cultura del medio ambiente en el que se mueve."<sup>99</sup>

Por otra parte, Europa ve flaquear el vigor espiritual de sus principios tradicionales, golpeados muy duramente durante la vigencia del comunismo y hoy en franco retroceso ante la lozana espiritualidad de los valores islámicos. Conscientes del peligro que encierra para el futuro esta creciente población musulmana, cuyo lugar de origen especial es la costa norteafricana, los europeos han dado origen a una nueva xenofobia, contra los inmigrantes islámicos, sin que ello signifique dejar de lado a los pobres de los territorios del centro y del este de Europa, como los gitanos que instalados en zonas adelantadas - Italia es un ejemplo muy vivo - continúan con sus viejas formas de vida, donde la mendicidad, el hurto y la vestimenta entre otras características, no encajan en el propósito de asociación de intereses comunes por parte de las poblaciones satisfechas del continente. Frente a ello, el entrecruzamiento de nativos y foráneos en busca de mejores horizontes, cuando las disponibilidades son menores como consecuencia de la crisis que produce la reconversión económica y técnica, se traduce en problemas sociales como la desocupación, la salud y la educación. Pero la res-

puesta más contundente a la presencia de estos extranjeros ha sido el surgimiento de tendencias racistas en una sociedad que ha dado origen a muchos valores que caracterizan los derechos humanos, aceptados hoy universalmente por lo menos en el plano teórico.

Durante los últimos cinco años, el fenómeno racista iniciado en Alemania -el autor entiende que es la contracara del fundamentalismo- con el movimiento de los **skinheads** (cabezas rapadas), surgido en la Gran Bretaña de los '70 se ha ido extendiendo progresivamente por toda Europa e incluso ha llegado a Brasil y Argentina. Estos grupos neonazis, cuyo avance cuantitativo corre paralelo a los éxitos políticos de la ultraderecha -Jean Marie Le Pen, en Francia, Silvio Berlusconi, en Italia- consideran a las minorías religiosas y étnicas como indeseables, lo que ha generado una ola de odio y acción violenta contra turcos, judíos y gitanos, especialmente.

A estas corrientes juveniles de opinión y acción violentas, se agregan los seguidores del nuevo terrorismo que reina por doquier y es una prueba contundente de su protagonismo en las cercanías del tercer milenio. Existen dos tipos de terrorismo: en primer lugar, el terrorismo tradicional usado como un arma violenta para alcanzar objetivos políticos, donde a menudo se disfraza esa violencia con fines idealistas, aún a costa de la vida de gente inocente que nada tiene que ver con esos niveles de lucha. En segundo lugar, el terrorismo emergente en el lustro 1990-1995 que acompaña el fin de siglo, nace en grupos o sectores de las sociedades "satisfechas", aquellas que han alcanzado un grado superlativo de tecnificación y producción industrial. La "Guerra Santa" de las agrupaciones terroristas fundamentalistas que actúan en el Medio Oriente, poco o nada tiene que ver con la aparición de los recientes sucesos de terror político acaecidos en zonas tan distantes del planeta como el Japón y los Estados Unidos, lo que nos habla de un "nuevo rostro del terrorismo".

Contrariamente a lo que podría creerse, los

problemas relativos al bienestar constituyen un sentimiento negativo en un número importante de los miembros de la sociedad, que se refiere de modo preocupante al sentido personal de la vida y a las soluciones de los problemas individuales y colectivos que ofrece la cotidianidad.

El rechazo a los valores de vida, las situaciones explosivas de los importantes grupos nacionalistas y étnicos y la impiadosa estructura económica y tecnológica creada por el "capitalismo salvaje", ¿permiten hablar de un Nuevo Orden Internacional?. La controversia crecimiento económico notable y malestar individual y social, instalada en el seno de la aldea planetaria, es la respuesta a tal pregunta. No puede existir un orden general mundial, cuando en las democracias que deben ocupar el centro de una sociedad libre, se deja empobrecer la actividad creadora y el individuo sólo experimenta la pérdida de pertenencia a la sociedad en que se vive, el no poder hallar la inspiración y flexibilidad que permiten vislumbrar un claro futuro, la urgencia espiritual de creer en algo que dé sentido a la vida personal.

El enorme significado del desorden colectivo e individual en tanto que pérdida de identidad y pertenencia a algo, lo ilustra la reacción que se da en las sociedades de los países mayores o "satisfechos", como los Estados Unidos y Japón. Desde este punto de vista, podemos entender por qué el 20 de marzo de 1995 algo cambió en Japón con el atentado irracional e indiscriminado en el subterráneo de Tokio con gas nervioso o **sarin**, que dejó un saldo de cinco mil intoxicados cuando miles de personas aguardaban los trenes.

A partir de ese momento los acontecimientos se fueron precipitando: agresiones, liberación de otros tipos de gases, paquete bombas.

La guerra irracional de este nuevo terrorismo parece reemplazar el peligro de una guerra total, que durante toda la Guerra Fria fue preocupación de la sociedad. Los nuevos soldados en el caso particular japonés se aglutinan en torno a la secta **Aum Shinri Kyo**

o **Verdad Suprema**, sospechosa de haber cometido el atentado y liderada por el gurú Shoko Asahara, una de las 180.000 comunidades religiosas que pululan en Japón, fundada en 1987, y que extiende sus actividades a las mismas Nueva York y Moscú. La difusión de estas sectas religiosas corre paralela al formidable crecimiento económico japonés, cuyas normas de trabajo de una dedicación y competencia terribles para la salud física y espiritual terminan aplastando a la gente, que muchas veces -dejando de lado los bienes materiales- recurre a estas sectas en búsqueda de comunicación, unión y tranquilidad espiritual.

Tampoco para los Estados Unidos el país centro del hipotético nuevo orden el terror es un problema ajeno. Sin duda, el miedo auténtico se manifestó por primera vez el 26 de febrero de 1993, con el atentado al World Trade Center en Nueva York, que dañó las Torres Gemelas causando muertos y heridos. Como en este caso pero con un espíritu que es el que acompaña a la secta japonesa Aum, los seguidores de David Koresh -creador de la secta mesiánica de los davidianos ubicada en Waco (Texas)- fueron masacrados por las fuerzas de seguridad en ese mismo 1993. Por último, este nuevo orden internacional estableciendo según sus sostenedores un lugar del mundo de la Guerra Fría y cuyo objetivo principal consiste en ordenar la sociedad bajo las normas de la economía de mercado y la globalización de las finanzas, recibió un toque de atención en lo que hace a la verdad de su vigencia, cuando el 19 de abril de 1995 un coche-bomba destruyó causando cente-

nares de víctimas un edificio federal en la apacible Oklahoma. Los culpables son norteamericanos blancos, de espíritu conservador y contrarios a las minorías étnicas establecidas en el país.

Es interesante notar el crecimiento en las áreas rurales de grupos ultraderechistas, herederos del Ku Klux Klan, que alcanzan ya un número de doscientos y cuyo enemigo principal es el gobierno federal, a quien estiman como líder de un complot internacional contra sus propios intereses de hombres blancos, enemigos de los comunistas y de las minorías étnicas, y al que no debe pagársele impuestos ya que muchas veces en forma de subsidios van a quienes tienen menos recursos y que ellos estiman vagos.

---

#### 4 - Conclusión

---

Un concepto fundamental, que es hipótesis en el desenvolvimiento del lustro 1990-1995, es el de que un Nuevo Orden Internacional ejerce una influencia verdaderamente original y que sus categorías hace aparecer al mundo bajo formas nuevas. Durante estos mismos años, los asuntos de la sociedad se fueron haciendo a través de un clima político y económico, muchas veces alejado de las necesidades del hombre de carne y hueso, con aparatos productivos altamente tecnificados y donde la alienación ha sentido sus reales. No es de extrañar entonces la reacción de la gente en estas sociedades altamente desarrolladas, reacción proveniente de los grupos cuya unión -así sea la Asociación Nacional del Rifle de los Estados Unidos- trae

aparejada compartir vivencias y luchar contra la soledad y el aislamiento, valores que se vienen perdiendo en este tan mentado Nuevo Orden Internacional.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Gorbachov, Mijaíl. **Perestroika**, 1ª Ed. Buenos Aires, Emecé, 1987, 303 p. y **Memoria de los Años Decisivos/1985-1992**, 1ª Ed. Madrid, Acento Editorial, 1993, 381 p.

<sup>2</sup> "The End of History?" **The National Interest**, 1989, pp. 3-18.

<sup>3</sup> Hobsbawm, E.J. **Naciones y Nacionalismo desde 1780**, 2ª Ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1992, 213 p., pp. 193-194.

<sup>4</sup> Touraine, Alain. **Crítica de la Modernidad**, 1ª Ed., Buenos Aires, FCE, 1994 391 p., pp. 151-152.

<sup>5</sup> Wiewiorka, Michel. **El espacio del Racismo**, 1ª Ed., Barcelona, Paidós, 1992, 274 p., pp. 16-17.

<sup>6</sup> Gellner, Ernest. **Posmodernismo, razón y religión**, 1ª Ed., Barcelona, Paidós, 1994, 125 p., pp. 38-39.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>8</sup> Huntigton, Samuel P. **La Tercera Ola**, 1ª Ed., Buenos Aires, Paidós, 1994, 329 p., pp. 275-276.

<sup>9</sup> Sorman, Guy. **Esperando a los bárbaros**, 1ª Ed. Buenos Aires, Emecé, 1993, 343 p., p. 166.